

Un testimonio de posguerra

LOS LIBROS DESTRUIDOS EN BAGDAD

por Fernando Báez (*)

...cada libro quemado ilumina el mundo...
R.W. EMERSON: Essays. First Series, 1841

“El destino está escrito, pero una mano divina ha arrancado las páginas decisivas”. Esta frase, leída en algún remoto rincón de la altiplanicie peruana, me ha perseguido siempre y sólo ahora, justo ahora, cobra su sentido más exacto, más justo y menos dilatado. Digamos, porque de alguna forma debo comenzar, que desde hace una semana mi rutina de oficina desapareció y una decisión ejecutiva me colocó en Bagdad como parte de una comisión internacional autorizada para investigar el problema de la destrucción de bibliotecas, archivos y museos en Irak. Llevo diez años recopilando información sobre destructividad cultural, he concluido lo que tal vez sea el único libro completo sobre el tema, y, sin embargo, sólo este viaje me ha devuelto a la esencia de mi búsqueda.

Llegué a Bagdad, la ciudad mágica de las Mil y Una Noches, la capital de Al-Jumhuriya al-Iraqiya, el nombre autóctono de la República de Irak, el lunes 5 de mayo, a las 4:37 de la tarde. Dado que era el único latinoamericano del grupo, junto con un argentino-canadiense llamado Manuel Olivieri, me sentí mucho más preocupado que de costumbre. Lo súbito siempre hace usura de las horas más breves de uno y mi estadía iba precedida por un mar de dudas sobre el porvenir, además de las supersticiones habituales, el rencor silente de lo inédito y los prejuicios exhaustivos. ¿Era seguro ir a Irak o una pésima decisión de mi parte? ¿Era acaso cierto que más de 200.000 objetos de arte habían desaparecido en el Museo Arqueológico? ¿Un millón de volúmenes habían sido quemados en la Biblioteca Nacional? ¿Exageraba la prensa? ¿Si murieron 12 periodistas cuántas miles de víctimas habría dejado el conflicto?

Pensaba en estas cosas, casi dormido por el agotamiento, cuando reconocí de lejos ese río mítico, que serpentea como una herida lateral en la ciudad, el auspicioso Tigris, cuyo color es indeciso, y ese conjunto desigual de edificios basados en la arquitectura de la postergación y la duda, el laberinto y la penumbra. Estaba, definitivamente, en Bagdad, dentro de esa distancia que se vence a sí misma con nombre de ciudad, y decidí abrir bien los ojos. Desde la ventanilla trasera del vehículo rústico en el cual recorría las calles, pude observar que los estragos de la guerra no habían impedido la propagación de ventas ambulantes de té y yogurt, de artesanías y objetos de cobre. Los bagdadíes van por las calles con ese aire de autoridad que dan solamente la desorientación o el odio. Alguien me comentó en el transporte, mientras pasábamos por Abu-Nuwas que la tasa de desempleo era una bomba de tiempo en esa zona. Irak tiene unos 24 millones de habitantes, 80 por ciento árabes, 20 por ciento kurdos, divididos por su religión en 60 por ciento chiitas, 37 por ciento sunitas y 3 por

ciento cristianos, pero todo esto debe ser explicado con la premisa de que hay más de cinco millones de desempleados recorriendo las ciudades día tras día.

Ya en la habitación del Hotel, en Mahallat 102, asfixiado por el calor o por el temor a un posible atentado terrorista, sin poder bañarme debido al racionamiento de agua, me dediqué a buscar una computadora para enviar algunos mensajes a mi familia y amigos. Mi celular no servía y la disponibilidad de teléfonos públicos era limitada. No tuve suerte, por supuesto, así que entablé conversación con algunos de los corresponsales de los periódicos extranjeros. En general, debo confesar que todos sabían lo mismo, porque ninguno se atrevía a recorrer las calles sin apoyo militar. La sombra intacta de Saddam Hussein eran tan repudiada como, en el fondo, temida. Las restricciones establecidas por las unidades de administración son coercitivas. El tema de la charla, para ser franco, me era completamente ajeno y lo único que recuerdo es que recuerdo. Se hablaba de la epidemia de neumonía asiática y sus consecuencias.

El 10 de mayo fui convocado a mi primera reunión de trabajo. Setenta años atrás, el mismo día, los nazis, en Alemania, quemaron miles de libros y convirtieron al año 1933 en una fecha fatal para la cultura. No sé si sea una superstición mía, pero el número 3 está presente en los peores momentos de los libros. Hacia el año 213 a.C., el Emperador Shih-Huang Ti, artífice de la gran muralla, unificador de China y defensor de los escritos de la escuela legalista, hizo destruir todo cuanto pudiera servir para restituir la memoria del pasado y estimular un presente eterno. Hacia los años 643-644, se cree que los árabes destruyeron el Museo de Alejandría, donde estaba la célebre biblioteca. En 1453, los turcos tomaron Constantinopla y arrasaron con sus prestigiosos manuscritos. En 1813, los soldados norteamericanos tomaron Canadá y York, y quemaron el Parlamento y la biblioteca legislativa, lo cual les fue compensando un año después con la quema de la Biblioteca del Congreso. La noche del 9 de marzo de 1943, un ataque aéreo sobre la Biblioteca Baviera destruyó 500.000 libros sobre humanidades y ciencias naturales así como la mayor colección de Biblias del mundo, algunas con ornamentos de oro. En 1993 fueron destruidas decenas de bibliotecas (entre ellas la de Stolac) por parte de las milicias nacionalistas croatas. Y ahora el 2003.

Mi tarea consistió en ir y tomar apuntes en las instalaciones del Museo Arqueológico y la antigua Biblioteca Nacional de Bagdad. Eran dos eventos diferentes, uno en la tarde y el otro en la mañana. Iba ya prevenido, pero lo que supe y lo que ví, vale la pena advertirlo, me dejaron insomne durante dos noches. Hubiera sido mejor, tal vez, olvidar, pero he descubierto que uno olvida para que todo, de nuevo, lo sorprenda. Parece que siempre el horror anda huérfano cuando lo vemos.

La Biblioteca Nacional de Bagdad, localizada en Rasaf, donde está el Ministerio de la Defensa, presentaba un aspecto siniestro, pues la fachada, en el centro, sufrió visiblemente por el fuego, que alcanzó a quemar la estructura y a romper las ventanas, dando un aire melancólico al sitio. Antes había en todo el frente una estatua de Hussein con la mano izquierda en posición de saludo y la derecha sosteniendo contra su pecho un libro (aunque no se crea, Hussein fue autor de varios libros, y era un lector voraz). Afuera, estaba un grupo de soldados, algunos de ellos latinos. Casi a las diez de la mañana, entré junto con mi grupo de trabajo y era evidente lo que sería la regla general de destrucción.

Al pasar por la entrada, protegida del sol por un saliente en cuyo borde hay unas letras en árabe, cientos de obreros y expertos trabajaban en la posible reconstrucción del lugar. Al caminar por los pasillos, encontré que las salas de lectura y los estantes quedaron arrasados sin piedad y estimé, casi de inmediato, que será difícil precisar si los manuscritos fueron escondidos, robados o destruidos. Es innegable que no pocos textos

pasaron a la colección de Hussein en la década de los ochenta, pero otros no. Según se piensa, han desaparecido ochocientos mil volúmenes junto con miles de publicaciones periódicas, incluidas las primeras revistas impresas en lengua persa del mundo. La colección completa de Omar Khayyam se extinguió junto con traducciones arábigas de clásicos griegos.

En cuanto al saqueo de la Biblioteca Nacional, supe que comenzó el 14 de abril cuando se corrió la voz de que el dictador había huído y un grupo se acercó, utilizó herramientas y se hizo con todo lo que pudo, de un modo selectivo, casi como si hubieran ido de compras. El primer grupo de saqueadores sabía dónde estaban los manuscritos más importantes, se apresuró a tomarlos y, sin mediar palabra, alentado por la pasividad de los militares, roció con gasolina los anaqueles y le prendió fuego a todo. Según otra versión, se usaron fósforos blancos, de procedencia militar, para el incendio. Posteriormente, llegaron propiamente otros saqueadores, una multitud anónima, hambrienta y resentida con el régimen depuesto, en busca de objetos valiosos y provocaron el desastre posterior. La multitud corría por todos lados con los libros más valiosos.

Horas después, una columna de humo podía verse a más de cuatro kilómetros y en este incendio voraz, superior a los 451 Fahrenheit postulados por Ray Bradbury en su novela, desaparecieron miles de obras. Entre otros daños, fueron quemadas las viejas máquinas de microfilmación, algunos periódicos, y el calor, según pude constatar, fue tan intenso que dañó el piso de mármol y causó severos deterioros en las escaleras de concreto y el techo. Asimismo en el mismo acto de vandalismo fue destruido el Archivo Nacional de Irak, parte de la misma estructura de la biblioteca. Desaparecieron millones de documentos, incluso algunos del período Otomano.

Al día siguiente, no había, literalmente nada que hacer. El Director se lamentó con nostalgia: "No recuerdo semejante barbaridad desde los tiempos de los mongoles". Aludía a que en 1258 las tropas de Hulagu, descendiente de Gengis Khan, invadieron Bagdad y destruyeron todos sus libros arrojándolos al río Tigris. Otro miembro confesó: "César arrasa de nuevo con los libros" y al saber de esto recordé ese pasaje de *César y Cleopatra* de George Bernard Shaw, donde se lee que un modesto mensajero viene a decirle al poderoso general sobre el incendio (que vendría a ser el primero) en la biblioteca de Alejandría: *Allí arde la memoria de la humanidad*. Julio César, impávido, le respondió: *Es una memoria infame. Que arda[...]*

Luego fui al Museo Arqueológico, dotado, según la cifra más exagerada, de más de 170.000 objetos de arte, una majestuosa construcción alargada con un frente donde hay dos torres a los lados, de color arena, hoy vigilada por un tanque en cuyo cañón está escrito "Saludos del pueblo norteamericano". Toda una paradoja. Es obligatorio identificarse en la entrada y sufrir requisas en la salida. Adentro, trabaja como encargado de investigar lo sucedido y recuperar los objetos robados el Coronel Mathew Bogdanos, un oficial responsable y acucioso respaldado por el FBI, la CIA, distintos organismos de estudios islámicos, expertos en arqueología y un grupo de soldados. Bogdanos es abogado, con estudios clásicos. Su equipo cuenta con varias mesas donde se colocan y clasifican los objetos recuperados, que aumentan porque se decretó una amnistía a todo poseedor de una obra que quiera devolverla. No es raro ver a un joven acercarse hasta las puertas, poner en el piso una escultura y marcharse. Las salas no fueron quemadas, pero sí devastadas. Hay cientos de objetos en pedazos. Un crucigrama para seis o siete décadas. Lo que sin duda debe haber mejorado es el aspecto, porque la limpieza ha ido acompañado por medidas para reparar puertas y ventanas.

Es importante precisar aquí que los únicos libros destruidos no fueron los de la Biblioteca Nacional. Las tablillas de arcilla de los sumerios, los primeros libros de la

humanidad, de unos 5300 años de antigüedad, quedaron en ruinas y la mayoría fueron robadas del Museo. Entre otros, este centro almacenaba textos de Súmer, Acadia, Babilonia, Asiria y Caldea, Persia y varias dinastías Árabes. Si el lector no lo sabe, es necesario decirle que aquí se guardaban las tablillas del Código de Hammurabí, donde aparece el primer registro de leyes del mundo. Asimismo, cientos de tablillas de arcilla aún sin descifrar desaparecieron y algunas contenían datos sobre el origen de la escritura. Para dar una idea de la importancia que vino a tener el acto de la memoria escrita para los sumerios, conviene recordar la leyenda de Enmekar (h. 2750 a.C.), rey de la majestuosa ciudad de Uruk, héroe respetado y temido, tal vez nefasto, quien fue condenado en el infierno a beber agua putrefacta por no haber dejado escritas sus gestas, cuyo espíritu podría haber estimulado la formación de hombres más valientes y seguros de sí mismos. Tablillas con el Poema de Gilgamesh fueron sustraídas. Las tablillas de la biblioteca de Sippar aún no aparecen.

En suma, esto fue lo que encontré en mi primera visita. Hoy, el inventario del desastre en el patrimonio cultural iraquí no tiene modo de ser evaluado. La colección de 5.000 manuscritos islámicos de la Biblioteca Al-Awqaf ya no existe. La colección de manuscritos de Saddam Hussein se salvó porque Usama N. al-Naqshabandi, su director, la ocultó. Un informe confidencial que tengo destaca que las pérdidas por pillaje están alrededor del 25 por ciento y las de daños del 33 por ciento para el Museo, mientras que es del 50 por ciento para la Biblioteca Nacional. El imán Mohammad al-Jawad al-Tamimi ha confesado que él, junto con otros iraquíes, quiso salvar parte de la biblioteca y trasladó en camión miles de manuscritos y libros a la mezquita de Al Hak. Un rumor que ha desconcertado a muchos es el de que decenas de voluntarios han escondido libros por toda la ciudad, convirtiendo así a Bagdad en una gran ciudad-biblioteca, pero es sólo un rumor.

Un joven estudiante de la Universidad de Bagdad, residenciado en el barrio de Al-Mansur, me dijo: *“Algún día alguien quemará la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, sabe, y no se habrá perdido tanto como lo que ha sido destruido aquí”*. Cuando se considere la importancia cultural de Irak, debe recordarse que este país contiene cientos de lugares declarados patrimonio de la humanidad por la UNESCO. En esas tierras, se encuentra Nínive, donde gobernó Asurbanippal, Uruk, donde se han encontrado las primeras muestras de escritura, Hatra, Asur, capital del imperio Asirio, Babilonia, en fin.

Para el día de hoy, hablo del 13 de mayo, he visitado varios centros y mi reacción ha sido la misma. Un estupor mezclado con una indignación aguda. Ayer, un grupo de quince empleados del Museo denunció a su anterior Director, Jabir Khalil, de ser un ladrón, lo que produjo una preocupación adicional en los investigadores. Se han gestado dos o tres hipótesis sobre las causas de los sucesos y sobre los culpables. Durante las reuniones preliminares, me sorprendió observar que la verdadera preocupación de los norteamericanos no era la destrucción misma, sino limpiar la imagen del ejército a fin de evitar que alguien pueda acusar a algún soldado de estar incurso en el delito de robo de propiedad cultural o que su nación entera pase a los registros como biblioclasta. Casi de forma apriorística se ha avanzado la tesis de que se trató de grupos organizados, de criminales profesionales y de bandas dedicadas a comercio ilícito de libros y arte, lo cual no pongo en duda ni corroboro. El oficial encargado, cuyo nombre me reservo para mantener la transparencia sumarial de las investigaciones, suspicaz ante mis preguntas, me insistió en lo que es un punto de honor para el gobierno de los Estados Unidos: *“Ningún soldado robó ni destruyó material cultural. Fueron los propios iraquíes”*. Algo desagradable es la afirmación de que sólo fueron sustraídos 28 objetos, entre los cuales sobresale la Dama Sumeria de Warca. Si

esto fuera cierto, sería inexplicable la recuperación, como declara el equipo actual del Museo y como lo demuestran los objetos en las mesas, de cientos de piezas.

En todo caso, la destrucción es irreversible y hay evidencias concretas de que si bien los soldados norteamericanos no participaron, sus superiores habían sido advertidos con antelación de que esto pasaría. El profesor McGuire Gibson, por ejemplo, había dicho al Presidente George Bush que debían salvaguardarse los museos, bibliotecas y asentamientos arqueológicos de toda la nación y proporcionó la lista de todos los puntos estratégicos. El miércoles 9 de abril ya había sido destruido el Museo de Basora, desde el jardín hasta la mismísima puerta trasera, debido, en buena parte, a la negligencia de las tropas británicas. Durante la primera Guerra del Golfo, unas 4.000 piezas habían sido robadas del Museo de Bagdad, un pésimo antecedente que debió ser considerado. Pero, insisto, nadie prestó atención. Un sargento de la Tercera División de Infantería me dijo, tras pedirme que le prestara el equipo de computación asignado para enviar un mail a su novia, que su batallón no había intervenido en los saqueos porque tenían órdenes de no disparar contra civiles, y que ese asunto debió ser atendido por la policía, lo que no dejó de hacerme sonreír. La lógica de estos hombres está guiada por silogismos mágicos o totémicos.

Desdichadamente, y esto lo digo cuando llevo ya más de una semana en Bagdad, he llegado a dos conjeturas que posteriormente comprobaré o desecharé: la primera, que los verdaderos responsables de esta destrucción cultural, saldrán ilesos pese a que se ha violado la Convención de la Haya de 1954; la segunda es que los saqueos se mantendrán en las provincias, donde la destrucción prosigue. En Mosul, las bibliotecas del Museo y la Universidad se desvanecieron. Los 100.000 yacimientos arqueológicos no son protegidos correctamente y sospecho que sólo en dos o tres años realmente podrá ser más evidente que nunca esta catástrofe cultural. En Nassariya grupos de saqueadores, en número superior a los trescientos, se están llevando objetos todas las noches. Portan AK-47.

Bagdad, por eso y por otras cosas que me reservo, es ahora una ciudad árabe ocupada por una fuerza extranjera, sin gobierno, asediada por conflictos religiosos y atentados terroristas, en crisis económica, que sufre racionamientos de alimentos, sin medicinas en los hospitales, y, como si esto no bastara, su memoria ha sido borrada. ¿Podría imaginarse un destino peor para el lugar donde comenzó nuestra civilización?

(*) Fernando Bñez es experto en el tema de las bibliotecas destruidas. Autor de *La ortodoxia de los herejes*, *El Tractatus Coislinianus*, *Todo el sol de las sombras*, *Los fragmentos de Aristóteles*, entre otros títulos y cientos de estudios para revistas en Estados Unidos, Europa, Latinoamérica y Asia. Premio “Vintila Horia” de Ensayo por un estudio sobre la historia de la biblioteca de Alejandría. Asesor de la UNESCO. Se encuentra actualmente en Irak como parte de una comisión internacional para la investigación de los incidentes de abril.